

Nota preliminar

PEDRO CONDE PARRADO

Gran pesar me ha causado la muerte de Valerio Marcial, de la que acabo de enterarme. Era hombre de talento, agudo y mordaz, que escribía con una mezcla de sal y de hiel, mas no sin encanto. Cuando se marchó de aquí, le facilité ayuda para su viaje, en atención a nuestra amistad...

Estas palabras fueron escritas en torno al año 104 d. de C. por Plinio el Joven en una epístola dirigida a su amigo Cornelio Prisco; en ella declara su agradecimiento a Marco Valerio Marcial por unos versos (que luego cita y que pertenecen al epigrama X 20) en los que lo había alabado parangonando su obra con la de Cicerón y afirmando que perviviría tanto como ella. El loado y agradecido Plinio señala que *gloria, laus* y *aeternitas* (en este caso a través de la poesía) son el máximo obsequio que puede recibir cualquier persona, y cierra su carta con una frase de indefectible presencia en todo estudio sobre la pervivencia de Marcial: *At non erunt aeterna quae scripsit: non erunt fortasse; ille tamen scripsit tamquam esse futura* («Puede que no sea eterno lo que escribió: tal vez no, pero él lo escribió como si fuera a serlo»).

Esa frase viene entendiéndose como una declaración referida a la obra entera de Marcial, que Plinio valoraría de manera un tanto ambigua, con una mezcla de compasiva suficiencia y de reconocimiento sincero al esfuerzo de Marcial por alcanzar la inmortalidad literaria. Pero nadie, que yo sepa, ha planteado la posibilidad de que Plinio se esté refiriendo ahí no a toda la obra poética de Marcial, sino solamente a los versos que él mismo ha citado y en los que, como he dicho, el poeta le deseaba y pronosticaba la *aeternitas*. De ser así, la perspectiva desde la que leeríamos y entenderíamos la frase cambia sustancialmente: sería una declaración de modestia (falsa o no) por parte de Plinio, y a la vez de reconocimiento hacia el buen amigo fallecido: «tal vez lo que ha escrito *sobre mí* no perdure (en definitiva, que no llegue a cumplirse), pero él (que fue tan buen amigo) lo ha escrito como si fuera a perdurar (o a cumplirse)». Es, simplemente, otra posibilidad de entenderlo. En cualquier caso, sea cual sea la interpretación correcta, lo cierto es que la duda de Plinio ya tiene una respuesta: la obra entera de Marcial, o simplemente los versos que a él mismo le dedicó, tal vez «no sean eternos», pero han pervivido y siguen leyéndose dos mil años después de haber sido escritos.

Cuando Plinio afirma que ayudó —con dinero, se entiende— a su amigo el poeta cuando este se marchó de Roma, seguramente se refiera al viaje de definitivo regreso a su tierra natal unos seis años antes, en el 98, tras haber pasado muchos en la capital del imperio y sin apenas moverse de ella o sus cercanías: efectivamente, Marcial tomó la decisión, quizá sorpresiva para amigos como Plinio, de instalarse en Bilibis, la ciudad de la provincia hispana tarracense, próxima a la Calatayud actual, en la que había nacido hacía ya unos sesenta años (entre el 38 y el 41 se calcula, en tiempos del

emperador Calígula). Allí había realizado sus primeros estudios, que probablemente continuaría en alguna ciudad próxima (Caesaraugusta o la propia capital, Tárraco) con el apoyo y aliento de sus padres, quienes serían el Frontón y la Flacila mencionados en uno de sus mejores poemas, el II 34. Todos los grandes escritores latinos del siglo I a. de C., con la excepción de Julio César (nacido en Roma y en una familia de vetusto abolengo), habían seguido en sus primeros años un decurso vital bastante similar: eran niños nacidos en diferentes localidades italianas en las que realizaron sus primeros estudios con la aplicación y logros académicos suficientes como para que sus familias invirtieran parte de sus recursos en que continuaran su educación, primero en ciudades importantes próximas y luego en la misma Roma. Ejemplos claros de ello fueron Cicerón, el *homo novus* que partiendo de nada llegó a todo en la política romana, u Horacio, el hijo de un pobre subastador, antiguo esclavo, que soñó para su hijo la gloria intelectual que a él le vetara su baja condición social. En el siglo I d. de C. sucede algo muy semejante, pero con una notable diferencia: el origen de esos escritores ya no va a ser exclusivamente la península itálica; antes bien, muchas de las estrellas literarias de la Roma julia-claudia y flavia procedían de dos provincias que llevaban ya casi tres siglos bajo los efectos de la romanización: las Hispanias tarraconense y bética, desde las que llegaron a Roma los cordubenses Sénecas (padre e hijo) y su familiar Lucano, Quintiliano, de Calagurris, o nuestro poeta de Bilibilis, cuya marcha a la capital del imperio se fecha en torno al año 64. Es bastante probable que allí fuera acogido y protegido, en principio, por parte de ese que hoy llamaríamos *lobby* hispano en Roma —tal vez por el propio Séneca y seguramente por Lucano— e incluso por otras familias influyentes

no hispanas como los Pisones: a todos los vería caer en desgracia en tiempos del odiado Nerón.

No se conoce apenas a qué se dedicó Marcial en el periodo que media entre su llegada a Roma y el año 80, cuando, ya en tiempos del emperador Tito, comenzó a publicar sus poemas en sucesivos libros durante unos veinte años. La posición social que logró alcanzar, por más que se presente como un poeta pobre que tiene que recurrir a la molesta y a ratos humillante vida de cliente de ricos, debió de ser relativamente acomodada, pues él mismo cuenta que poseyó un finca, no pequeña, en Nomento (a unos 25 km al noreste de Roma) y que fue tribuno, lo que le permitió pertenecer al orden ecuestre (para lo que se exigía una renta mínima de 4.000.000 sestercios). También debió de poseer una *domus* propia en la capital, atendida por el consabido conjunto de esclavos que eran de su propiedad y entre los que se contaba, incluso, un secretario personal. No ha llegado a determinarse de modo definitivo si llegó a casarse y a tener hijos —de un matrimonio legítimo, al menos.

Lo que parece indudable es que, a partir de un determinado momento, Marcial comenzó a escribir poemas que fueron alcanzando cada vez más difusión y prestigio, y fueron confiriéndole fama de poeta ingenioso y *urbanus*. La primera obra editada que se conserva data, como antes señalé, del año 80, cuando el poeta bilbilitano saca a la luz una oportuna —y también, por qué no, oportunista— colección de poemas dedicados a la inauguración del mayor logro arquitectónico de la dinastía entonces reinante, representada por el emperador Tito: el anfiteatro Flavio, hoy felizmente conservado y universalmente conocido como el *Coliseo*. A ese «reportaje poético», que nos ha llegado incompleto, se lo co-

noce como el *Libro de los espectáculos* y es la sección que tradicionalmente encabeza las ediciones de la obra completa de Marcial. Pocos años después, en el 84 u 85, y probablemente aprovechando las muy populares fiestas decembrinas de los *Saturnalia*, Marcial da a la luz los que modernamente se editan como sus libros XIII (*Xenia*) y XIV (*Apophoreta*): en ellos se describen, en un solo dístico y a modo de divertida «etiqueta», elementos —casi todos comidas y bebidas— propios de los banquetes (libro XIII) y objetos muy diversos (libro XIV), todos vistos en gran medida como una posibilidad de regalo para comensales, amigos, patronos, etc.

A partir del 86, y siendo ya poeta, aunque inédito, de considerable fama (en I 1 se presenta, con evidente hipérbole, como *toto notus in orbe* «conocido en todo el orbe»), comienza a publicar, a razón de uno por año aproximadamente, los doce libros que completan su obra hoy conservada, tarea que culminaría iniciado ya el siglo posterior y habiéndose establecido en su Bómbilis natal: en el 98, tras publicar una segunda edición revisada del que es, sin duda, el mejor de sus libros, el X, y a los dos años del asesinato del César Domiciano, sobre el que tanto «inciensó» había arrojado en varios de sus poemas, el poeta —un hombre demasiado marcado por esas simpatías, más o menos sinceras o forzadas, hacia el régimen fenecido— decide retornar a su tierra, como ya se señaló más arriba. Una dama paisana suya, de nombre Marcela, le obsequió con una *villa* en la que residió los últimos años de su vida, años de vida agrídulce, puesto que a Marcial debió de costarle mucho aceptar y asimilar el vasto abismo que separaba su añorada vida en Roma de la aburrida existencia en una lejana ciudad infinitamente inferior en todo a aquella. En la apacible Bómbilis completó y envió a la capital su último libro, el XII, y allí murió en una fecha inde-

terminada, pero en todo caso no posterior al año 104, cuando Plinio el Joven se hizo eco de su fallecimiento en la carta mencionada al comienzo de estas líneas.

En literatura, el nombre de Marcial se asocia por excelencia a un determinado tipo de composición poética, el epigrama. Recogiendo tanto la ya por entonces muy diversa y dilatada tradición helénica como la menos florida, pero potente, tradición latina (en la que destaca un nombre: Catulo), el poeta bilbilitano adopta y adapta el género, confiriéndole un sello particular y un sabor que es, en buena medida, inequívoca y exclusivamente romano. Los *Epigramas* de Marcial son composiciones en su mayoría breves y escritas sobre todo en dísticos elegíacos (hexámetro más pentámetro) y en endecasílabos. Aunque no todos respondan al mismo esquema, el epigrama marcialesco estándar es un poema de pocos versos que condensa al máximo una peripecia vital humana, en muchos casos simplemente anecdótica, resuelta en un final —la llamada «punta del epigrama»— dominado por lo que la teoría literaria griega llamaba el *aprosdóketon*: lo inesperado, la sorpresa. El objetivo y el resultado son en muchas ocasiones satíricos, aunque no siempre. En cualquier caso, su conjunto resulta una muy viva, aunque parcial, pintura de la sociedad romana de su tiempo, y en especial de sus defectos y vicios.

Desde el punto de vista del contenido de sus epigramas, podríamos decir que hay dos Marciales:

- el más conocido hoy, el satírico que hace desfilar por sus poemas una gran variedad de (estereo)tipos, la mayoría deplorables, aunque muchos de ellos dignos de compasión: ricos soberbios, arrogantes, egoístas y fanfarrones, pobres vergonzosos y ver-

gonzantes, que suelen ser parásitos harapientos, los perseguidores de herencias que acechan al anciano moribundo o a la anciana ricachona y los de dotes que rondan a la moza casadera (y cazadera) en pos del braguetazo, parásitos que no descansan en su búsqueda de cenas gratuitas, médicos homicidas con «sobresueldo» de sepultureros, viejas desdentadas que quieren pasar por niñas, poetas plomizos que buscan sin cesar a quien leer sus versos, poetas ladrones de los ajenos, críticos a los que no hay ni habrá poema que les agrade (ni de Marcial ni de nadie), filósofos del haz lo que digo, no lo que hago; todos ellos más los que atesoran demasiado, los que derrochan todo, los que dan, los que se dejan dar, el felador, la ninfómana, el *voyeur*, el cunilingüista, el que la tiene grande y la exhibe, el borracho inagotable, el grosero tragón que no convida, el mequetrefe insufrible, etcétera. Pero todo ello manteniéndose siempre fiel al que puede considerarse uno de los lemas de su poesía: *parcere personis, dicere de vitiis* («hablar sobre vicios respetando identidades»). De ahí que los nombres que aparecen en casi todos los poemas de Marcial (muchos de ellos parlantes) no correspondan a una persona concreta que pueda ser identificada: es decir, que jugaba ya con eso —muchas veces tan falso— de «cualquier parecido con la realidad...»

- el menos conocido hoy, que es el que se pone algo más serio y escribe magistrales poemas en los que condensa toda una filosofía de vida (así, su más valorado epigrama, el X 47, dirigido, como el soberbio V 20, a su mejor amigo —y «tocayo»— Julio Marcial, del que apenas se sabe nada) o esos otros (no muchos) en los que deja entrever su profunda sensibilidad (así, el epitafio de su pequeña y querida esclava Eroción: II 34) o su muy alta

valoración de la amistad (en V 42, por ejemplo), además de los que dedica a elogiar a personas —ya no «personajes»— reales, como veíamos en el caso de Plinio el Joven.

Mientras se lee a Marcial, uno se da cuenta de lo lejos y lo cerca, al mismo tiempo, que la sociedad romana del siglo I d. de C. está de la nuestra. Aquello en lo que está más lejos es lo que ha hecho que una parte de la obra de Marcial apenas logre «tocarnos» hoy en día: un buen número de sus poemas nos resultan, si no incomprendibles, sí al menos bastante ajenos, y algunos incluso fríos e insulsos; en muchos casos seguramente no sea ello culpa de Marcial, sino que responda al hecho de que hemos perdido los referentes que fundamentan la comicidad, la sal, que esos poemas pretendían transmitir. Aunque también conviene señalar que entre esos poemas que hoy ya no «funcionan» son muy numerosos los que contienen versos, o secuencias de ellos, ante los que no cabe más que quitarse el sombrero.

Pero hay otra gran parte de su obra que, como decía, nos muestra que el ser humano no ha cambiado en absoluto desde entonces: las mismas pasiones, tendencias, pulsiones, vicios, estupideces, miserias; pero también la exaltación de la amistad, el goce del banquete y del vino, el disfrute del momento fugitivo, la rendida admiración ante la belleza, el amor, el sexo... Y Marcial supo mostrarlo con una inteligencia, una picardía, una sutileza y un ingenio tales, que hacen de él un poeta que siempre, por más que lo dudara su amigo Plinio, estará muy vivo.

Por todo ello, hoy Marcial es, a mi muy personal juicio (y sin perjuicio de recomendar muy vivamente la lectura de *toda* su obra), un «poeta de antología», tanto en sentido figurado (esto

es, un genial poeta) como en el literal: son esos poemas (no precisamente pocos) que siguen llegándonos, tocándonos e interpe-lándonos de manera tan sabia, tan directa y, en muchos casos, tan cruda los que merecen formar parte de tal antología.

La que yo propongo aquí —tan discutible como personal y li-bérrima— consta de doscientos epigramas, y en ella he procurado que la selección transmita una imagen clara y suficiente de todos los muchos registros que pueden encontrarse en la caleidoscópica obra del poeta bilbilitano. El criterio cuantitativo respecto a sus doce principales libros ha sido escoger un mínimo de diez poemas de cada uno de ellos. Los libros XIII y XIV los he agrupado en una única sección con una veintena larga de dísticos. Del *libro de los espectáculos* he incluido solamente, como muestra, el poema que lo abre.

Quien, estimulado por este aperitivo, se decida a degustar todos los platos de aquel gran *chef* literario que fue Marcial —algo que, insisto, considero muy recomendable—, cuenta con traducciones completas de su obra al castellano a cargo de reputados especialistas: así, por ejemplo, la de Dulce Estefanía en Cátedra o, en la ya venerable colección *Alma mater* del C. S. I. C., la de mi maestro, Enrique Montero, que me ha sido de gran utilidad para esta selección y traducción, como lo ha sido también la amplia bibliografía sobre Marcial que ha ido reuniendo y que amablemente ha puesto a mi entera disposición, lo que le agradezco desde aquí.